



# La Dama Casimira

## REFLEXIONES

que hizo esta joven antes de tomar matrimonio, y hallando inconveniente en aceptar hombre de oficio, y no encontrando marido que le gustase prefirió ser monja que casarse.

---

Para monja no nací,  
que nací para casada,  
recorreré los oficios  
por ver si alguno me agrada.

Organista no le quiero  
porque puede, si se engolfa  
pensando que soy teclado  
sacudirme alguna solfa.

Al sacristán le aborrezco  
porque siempre anda deprimida,  
y enfadado puede darme  
con lo que tocan á misa.

Escribano no me agrada  
porque miente muy barato,  
y porque el mundo no diga  
que me acuesto con un gato.

Abogado no me cuadra,  
porque aun tiene letrillas  
enfadado puede echarme  
la ley por las costillas.

El médico no me gusta,  
porque aunque gane pesetas  
cuando muere, deja sólo  
el bastón y las recetas.

Cirujano no me peta,  
porque puede ¡ay de mí!  
aunque yo herida no esté  
aplicarme el bisturí.

El boticario no me entra,  
porque enfadado ¡quién sabe!  
si me daría veneno,  
en vez de darme jarabe!

Arquitecto le abomino,  
porque me puede trazar  
un plano á las costillas  
y echarme á la eternidad.

Un escultor me pretende  
y la hecho con mil venablos,  
porque así como hace santos,  
puede también hacer diablos.

Un pintor á mi me ofrece  
el retratarme de balde;  
porque aunque me dé dinero  
no me echará el albayalde.

Un dorador que me adora,  
se empeña en cubrirme de oro,  
más no quiero que me dore  
persona que yo no adoro.

Aunque sea millonario  
no le quiero mercader,  
porque así como me compra  
también me puede vender.

Del chocolatero huyo,  
porque á la menor contienda  
puede ponerme en la piedra  
y convertirme en molienda.

Un confitero con dulces  
también me quiere engañar,  
más no quiero su dulzura  
que también suele amargar.

El labrador no me tira,  
que para un poco de grano,  
trabaja mucho en invierno  
y mucho más en verano.

Hortelano y labrador  
la mano se suelen dar,

por tanto las calabazas  
pueden al punto sembrar.

Un jardinero con rosas  
me declara sus amores,  
con desprecio lo despidió  
que yo no como con flores.

Con carpintero tampoco  
pretendo tomar estado,  
porque aunque pega con regla  
da el golpe desarreglado.

Un sastre toma medidas  
por echarme la tijera;  
pero no siendo en mi paño  
que corte por donde quiera.

El tejedor le aborrezco,  
porque éste, aunque yo no quiera,  
puede urdirme alguna trama  
y echarme la lanzadera.

Un zapatero se mata  
por tomar conmigo trato,  
pero no se calzará  
con horma de mi zapato.

Del molinero me fugo,  
porque si se atremolina  
puede encajarme en la piedra  
y convertirme en harina.

Al calderero le tiemblo  
porque algún día quizás,  
puede echarme alguna chapa  
en la rotura de atrás.

Herrero no me enamora,  
porque sin haber ataque,  
no se advierte más que chispas  
al compás del triquí traque.

Con mesonero casarme?  
no quiero, porque discurro  
que estoy muy espuesta á ser  
pesebre de todo burro.

Torta me da un panadero  
y otra vez al horno vá;  
porque temo que algún día  
me cueste la torta un pan.

Un cerero me desea  
cuando me ve tan bonita:  
más no creo que por él  
mi corazón se derrita.

Un tintorero á mi vista  
se muestra bastante franco,  
pero no apetezco oficio  
que vuelva negro lo blanco.

Albañil que anda por alto  
no quiero aunque sea majo,  
por que se puede caer  
y cojerme á mi debajo.

Al arrasca chimeneas  
abomino por francés  
y porque puede arrascarme  
sin que esté puerca en el ves.

Del guarnicionero huyo  
pues no quiero que me vea  
porque temo que me adorne  
las espaldas con correa.

Un basterillo me pide  
cuando fabrica las bastas,  
yo le digo no te quiero  
porque eres bastero y basta.

Casarme con albardero?  
no lo tienen que pensar,  
porque hará burla de mi  
si yo me dejo albardar.

Casarme con un jalmero  
sería una gran burrada,  
porque podría ponerme  
cincha, atarre y cabezada.

Me regala un peluquero,  
más no me engaña con cucas;  
porque después sin ser calva  
me pondrá algunas pelucas.

Un platero bien vestido,  
viene por casa y lo luce,  
pero veo que no es oro  
todo lo que en el reluce.

Un vidriero solicita  
con empeño ser mi amante,  
vidrio soy, pero no piense  
emplear en mi su diamante.

Un pastelero pretende  
que yo me case con él,  
más si yo gusto le diera  
si que haría buen pastel.

Un artillero me pide;  
pero sepa ese sujeto  
que no admiten sus cañones  
el campo de mi secreto.

Un cantero cuando pica,  
me pica por ver si pico;  
soy pícara, y aunque pique  
no me coje por el pico.

Con barbero no me caso  
porque puede si se inquieta

afeitarme sin jabón  
y sangrarme sin lanceta.

Un cordelero quería  
que me casara con él,  
y si yo le diera gusto  
bien merecía un cordel.

Me regala un peinetero  
cuando me encuentra muy niño;  
más no logrará ponerme  
rodete á lo lechuguino.

Un cestero me acomete  
y aunque lo hace por apuesta,  
no ha de lograr ese cesto  
el que yo lleve la cesta.

Librero no me entra bien  
porque está enseñado á hojear,  
y á fuerza de pasar hojas  
me puede descuadernar.

Fuera, fuera el alfarero,  
que solo de barro goza,  
y por mucho que trabaje  
nunca encuentra más que loza.

Me pretende un relojero,  
y yo le respondo cuerda:  
más quiero estarme parada  
que no ambular por su cuerda.

Un tabernero vinoso  
á pedirme un día vino,  
dije que más no viniera,  
aunque envinado con vino.

A un cocinero de fama  
le despedí cuanto antes,  
que aunque no tengo de sobra  
no apetezco los sobrantes.

Un sombrerero se arde  
por mi que soy como Enero;  
por lo que no me hace falta  
la sombra de su sombrero.

Un lavandero me lava  
y me alaba, pero al cabo  
nada importa que me alabe  
si su alabanza no alabo.

Me toca un panderetero  
de casorio por lo claro,  
pero por más que me toque  
no me mete por el aro.

A un escobero desprecio,  
porque si soy su mujer,  
me traerá por la costumbre  
como escoba de barrer.

Papelero no lo escojo,  
porque si le salgo infiel  
me pondrá con las mazadas  
el cuerpo como un papel.

Con cohetero no me caso,  
porque es fácil que se inquiete;  
y el día menos pensado  
me ponga al culo un cohete.

Un boterillo soplando,  
me sopla cierto consejo,  
pero por más que me sople  
no soplará mi pellejo.

Un pisonero me pisa  
siempre que voy al pisón  
pero por más que me pise  
no pisa mi habitación.

Me pide un alpargatero,  
pero con él no me calzo,  
porque quien calza alpargatas  
claro está que anda descalzo.

Un ingeniero se ingenia  
por disfrutar de mi ingenio,  
pero por más que se ingenie  
nunca será de mi ingenio.

Sillero no me acomoda,  
porque según lo que siento  
el día que más trabaja  
más tiempo se halla de asiento.

Un cordonero me sigue  
por todas las procesiones,  
más no siendo militar  
¿para que quiero cordones?

Un impresor me imprimió  
letras en mi corazón,  
¿qué importa que las imprima  
si no me hacen impresión?

A mi casa un cardador  
se llegó cierta mañana,

le dije: por bien que cardes  
no me cardarás la lana.

Un herrador pretendió  
herrarme con gran ternura,  
pero por dar en el clavo  
dió en medio la herradura.

Un esquilador de fama  
á mi casa un día fué  
con ánimo de esquilarme,  
y le dije: esquilate.

Un bordador me hace señas,  
y le respondo con risa:  
no esperes bordar jamás  
el forro de mi camisa.

Zurrador me huele mal;  
porque si á la pata llana  
no camino, será fácil  
que me zurre la badana.

Gaitero es oficio alegre,  
más no lo quiero tampoco,  
que mientras él anda en fiestas  
la mujer se sopla el moco.

Otro número de oficios  
me dejo aún en el tintero,  
por no borrar más papel  
con personas que no quiero.

¿Pues con quién podré casarme  
que á gusto pueda vivir?  
ya lo tengo bien pensado  
y lo voy á referir.

Que no nací para monja  
al principio confesé;  
pero ya desengañada  
monja á la fuerza he de ser.

En un convento tranquila  
podré mi vida pasar,  
orando continuamente  
y luego de Dios gozar.

FIN